

>> BOLETÍN

de la exclusión al RECONOCIMIENTO

INDICE

MES A MES

- ¿Qué significa 'Baguazo' para un awajún?_____pág. 2

DATOS

- Mapas sobre Oleoducto Nor-peruano_____pág. 4

DOCUMENTOS

- La maldición del petróleo envenena a los indígenas de la Amazonía_____pág. 6

OPINIÓN

- Lo que viví en Bagua (por Paul Maquet) _____pág. 9

Boletín virtual mensual sobre la lucha por el reconocimiento pleno de los derechos de todos los peruanos y peruanas, y contra la pobreza, así como sobre las acciones relativas a estos temas.



¿QUÉ SIGNIFICA "BAGUAZO" PARA UN AWAJÚN?

Dante Sejekam Espejo¹



5 de junio, 2019.- Desde 2009, cada 5 de junio se conmemora el Baguazo por todas las personas fallecidas en aquel conflicto. Y es que muchas veces solo se recuerdan las masacres que ocurrieron. Para un awajún, Baguazo es un hito en la defensa de nuestras tierras por respeto a nuestros *Duik Muun* (ancestros), a los cerros y los ríos que conforman nuestra sagrada tierra, cuyo significado no fue respetado por el Estado peruano. No valoraron nuestras creencias, costumbres e idioma, que mantenemos desde antes de la existencia del Estado.

En varias ocasiones, las voces de nuestros *Kakajam* (líderes) y de todo el pueblo

awajún no fueron escuchadas. Fuimos ofendidos, marginados y engañados por mucho tiempo y quisimos hacer valer nuestros derechos. El Baguazo es una muestra de esto. Los awajún estamos dispuestos a todo por defender nuestro territorio, así como lucharon nuestros valerosos guerreros contra los invasores españoles y los buscadores de minerales en siglos pasados.

Nosotros seguimos queriendo mantener nuestros bosques y toda la naturaleza de la selva donde habitamos, porque es nuestra única esperanza para sobrevivir, cultivando bajo el consejo de la *Nugkui* (madre tierra).

Sin embargo, los derrames de petróleo y la explotación de las compañías mineras nos afectan, generando muchas enfermedades desconocidas para nosotros. Y no hay cómo curarnos. Apparentemente, una concesión minera o petrolera trae desarrollo a nuestras comunidades, pero nuestros centros de salud están vacíos de medicamentos, y las enfermedades nos aquejan día tras día. Tampoco existen médicos especializados en temas de contaminación en nuestra zona.

Por eso hicimos el Baguazo. Porque queríamos evitar que vengan empresas mineras que nos sigan contaminando con la promesa de traer desarrollo a nuestras tierras; que el Estado peruano nos tome en cuenta cuando toma acciones y decisiones, realizando la consulta previa con nuestros *Waimaku* (sabios).

El bosque es el pulmón de la tierra, y no solo es la lucha de los awajún para mantener su

¹) Dante Sejekam Espejo, awajún de 22 años. Estudiante de Gestión Ambiental y Empresarial de la Universidad San Ignacio de Loyola. Practicante preprofesional del Área de Justicia Constitucional del Instituto de Defensa Legal (IDL).

condición natural, también lo es para todas las personas que habitan en la Tierra, porque toda la contaminación que generamos no se compensa en nada con reforestar ni con bonos de carbono. El impacto que generamos es enorme y somos conscientes de ello, por eso queremos no solo salvar nuestro territorio, sino también al planeta Tierra, contribuyendo con pequeños aportes en mantener todas sus áreas verdes.

Somos activistas en pequeña proporción. Hacemos un llamado para que unan fuerzas con las nuestras, porque todos somos selva. Porque esa pequeña área verde es lo que nos mantiene, y todos la podemos cuidar. En ella existen numerosas faunas silvestres, que cada día destruimos con las actividades que realizamos. Pero con las acciones positivas podemos devolver una parte.

Las concesiones mineras y petroleras nos contaminan aún más con sus vertimientos de productos químicos en el agua, y los pescados disminuyen, afectando a nuestro consumo diario como ingredientes. Las yucas y los plátanos, que son los pilares para la sobrevivencia, ya no se producen, ocasionando graves consecuencias, en especial a los niños que están en pleno desarrollo de crecimiento.

Para las empresas no somos nadie, ellos solo buscan el beneficio económico y generar alta utilidad para seguir creciendo. En sus planes tienen proyectos de responsabilidad social, pero no los cumplen. Sabemos que para la empresa no es obligación realizar esos proyectos.

¿Qué ganamos nosotros como pueblo awajún si nos quedamos con los brazos cruzados esperando que las empresas y el Estado con sus políticas, nos traten como si no fuéramos humanos? ¡Eso no se debe

permitir, y con el Baguazo dijimos basta ya con sus políticas lucrativas que a nosotros como dueños del territorio nos duelen ver nuestra tierra maltratada!

Ver el llanto de nuestros hermanos, quienes por décadas lucharon, tratando de evitar que las concesiones no sean otorgadas, y que finalmente fueron aceptadas por el Estado peruano. Nos dolió. Fue una traición para nosotros, pues le habíamos depositado la confianza. Sin embargo, esta fue decayendo hasta que salimos a protestar porque no estábamos de acuerdo, pero fue en vano. Llegamos a tal punto que decidimos protestar y nos metieron policías con bombas lacrimógenas. Para nosotros esto significa que nos estaban armando un conflicto y que, en las protestas, tampoco tenemos la libertad de actuar de manera pacífica para el bienestar de toda la población awajún.

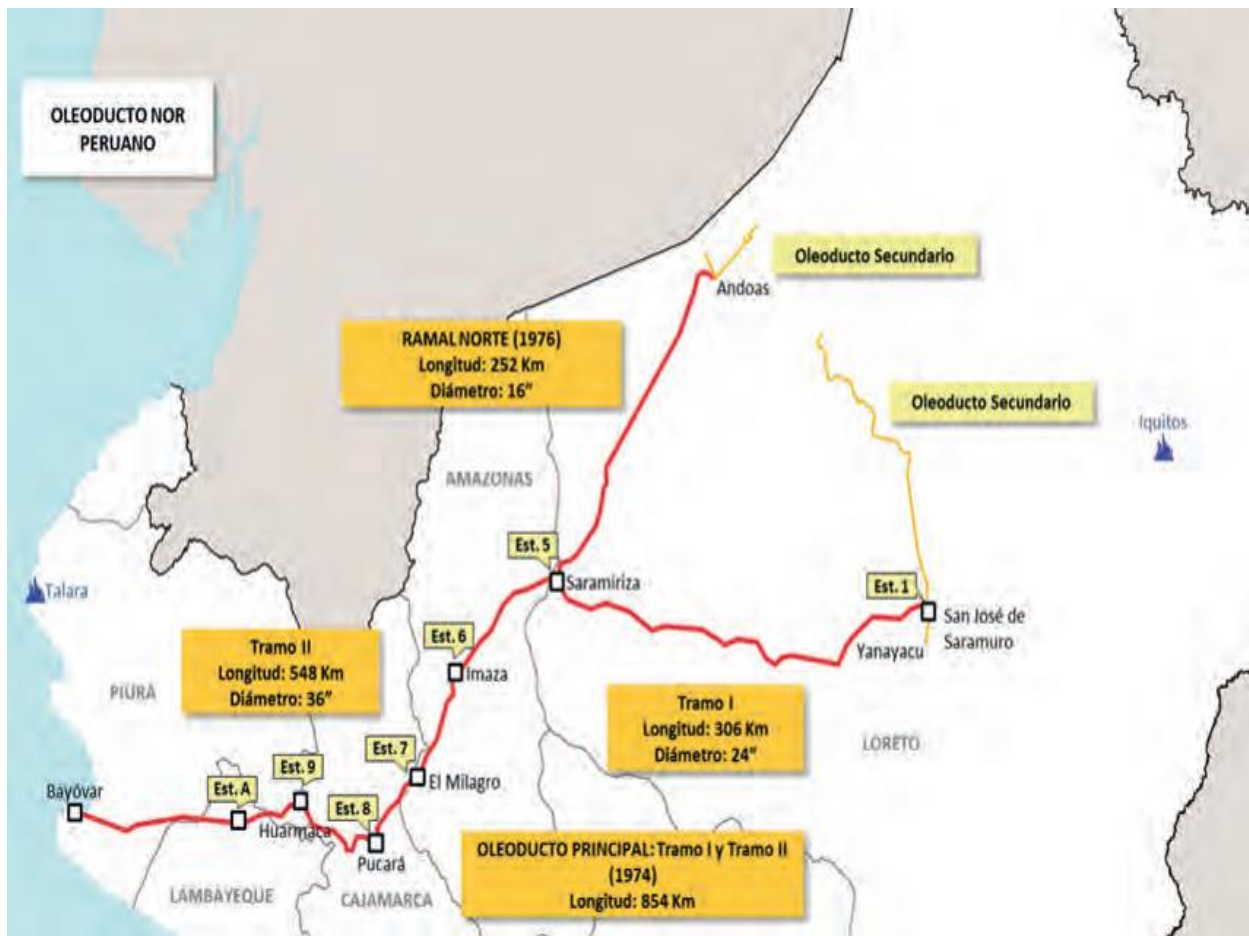
Lo que ocurrió en Bagua nos enseñó muchas cosas, como a respetar las diferentes culturas, formas de pensar, de conectar con la naturaleza, y la importancia que tenemos hacia nuestras tierras para el Estado peruano.

De esta lucha sabemos que los *Muun Awajun* (Awajún adultos), nuestros *Waimaku* (sabios), irán desapareciendo como el *Etsa (Sol)*, pero los actuales awajún, los descendientes, continuaremos luchando para seguir manteniendo una buena vida. Y en cada lucha ellos estarán presentes, para guiarnos y fortalecernos de quienes pretendan sacarnos de nuestras tierras ancestrales. Lucharemos como en Bagua, que con nuestras vidas y esfuerzos hemos defendido y defenderemos siempre, con el apoyo de todos los awajún de cada generación.

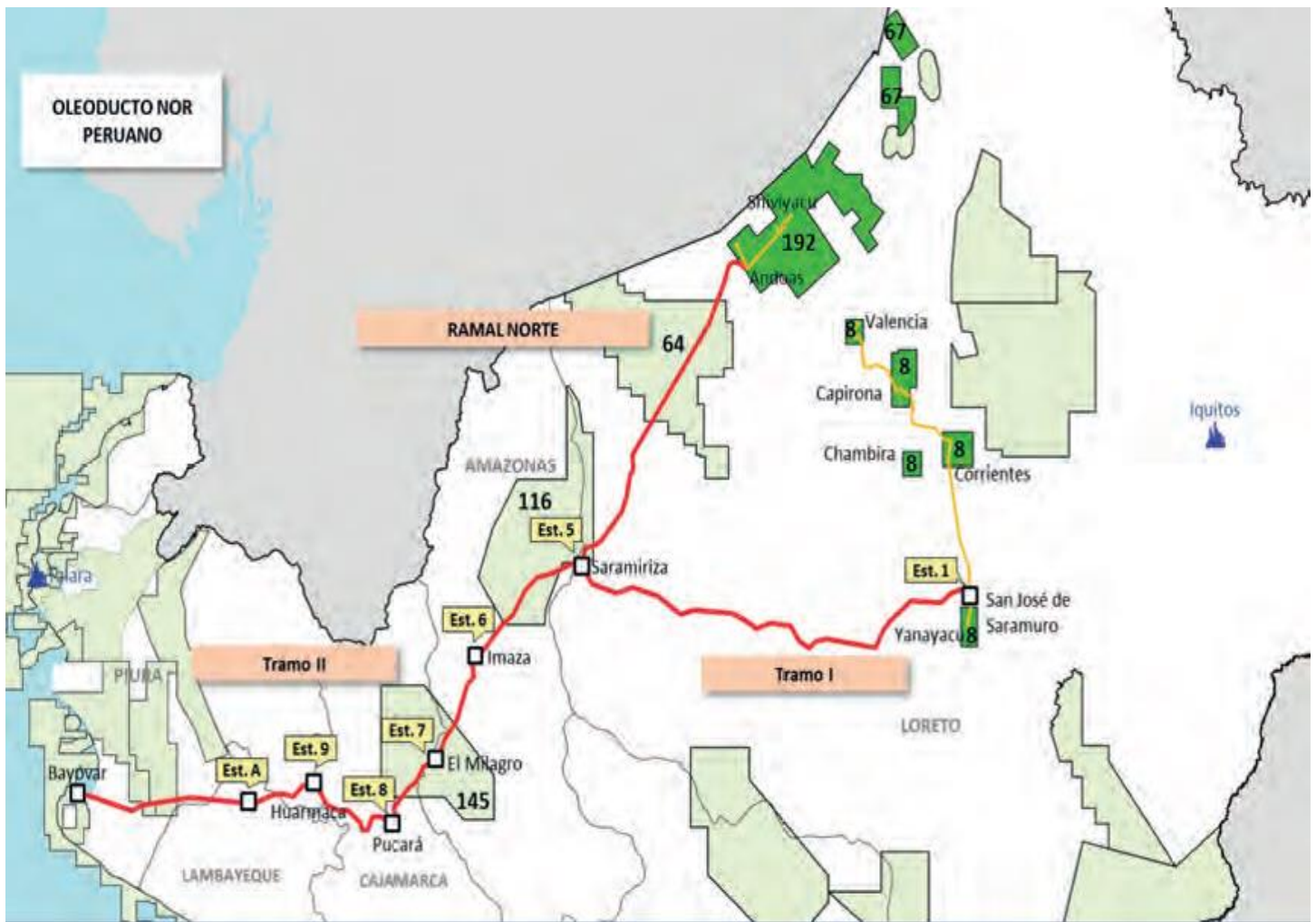
Tomado de <https://www.servindi.org/actualidad-opinion/05/06/2019/que-significa-baguazo-para-un-awajun>



Mapa 1.



Mapa 2





LA MALDICIÓN DEL PETRÓLEO ENVENENA A LOS INDÍGENAS DE LA AMAZONÍA

Jacqueline Fowks
4 junio 2019

El derrame de crudo ha contaminado los ríos de la región y sus peces, el principal sustento de sus pobladores. El Estado ha sido negligente en la respuesta al desastre.

La vida de Nehemías Pando y su familia no volvió a ser la misma tras los derrames de petróleo en sus comunidades indígenas, que en 2014 afectaron a centenares de personas en la selva norte del Perú. Uno de sus hijos tragó agua contaminada con crudo mientras pescaba en la zona donde ocurrió el derrame del Oleoducto Norperuano de la estatal PetroPerú. Y su hija de 17 años también tiene problemas del aparato digestivo luego del vertimiento de crudo. Ninguno recibe la atención médica especializada que requieren. “Cuando vinieron las brigadas de salud a entregar resultados de un análisis, mi hijo salió con 11 de plomo en la sangre. Tiene anemia, tiene sueño, desde octubre esperamos que el centro de salud (de la localidad de Maypuco) le haga una transferencia a Iquitos nuevamente, pero no me responden”, cuenta Pando. No es, ni mucho menos, el único que sufre las consecuencias de la tragedia.

En esta región peruana la riqueza petrolera se ha convertido en una pesadilla para sus

habitantes. El ducto principal que atraviesa cuatro zonas (Loreto, Amazonas, Cajamarca y Piura) tiene más de 850 kilómetros de longitud y fue inaugurado en 1977. Un informe preparado por una comisión parlamentaria registró 36 derrames entre 2008 y 2016, que afectaron unas 141 hectáreas de terrenos comunales. Manuel Pulgar Vidal, ex ministro del Ambiente, afirmó en 2016 que los derrames se debían a la falta de mantenimiento y corrosión de la infraestructura.

Una investigación parlamentaria que concluyó en noviembre de 2017 halló como responsables, entre otros, a PetroPerú y a las empresas que esta firma contrató para garantizar la seguridad del ducto y la limpieza de las áreas que contaminó. Sin embargo, el pleno del Parlamento tardó un año y medio en poner en debate el reporte: el 15 de mayo lo archivó argumentando que la comisión investigadora no identificó una “responsabilidad directa”, a pesar de que el último capítulo del documento —de más de 360 páginas— menciona a decenas de cargos como responsables, por acción o por omisión. “Los derrames, así como las respuestas del Estado peruano y PetroPerú ante los problemas sociales, ambientales y económicos

que han sido generados, constituyen una nueva evidencia de la situación de marginalidad y desprotección en la que se encuentra la población de nuestra Amazonía”, describe el informe multipartidario.



La comunidad indígena de San Pedro ha sido duramente golpeada por el desastre: ha sufrido varios derrames de crudo, el más reciente en febrero de 2018, justo cuando PetroPerú anunciaba el fin de la limpieza del río Marañón, el suelo y la vegetación. EL PAÍS acompañó a inicios de mayo a un grupo de organizaciones de derechos humanos a la zona del derrame y constató que aún hay crudo en los canales próximos a la comunidad. Cuando los residentes de San Pedro remueven las aguas con un palo, a un metro de profundidad, aflora el petróleo. En tres días de visita, las palabras que más se repiten son “hidrocarburo” y “pescado contaminado”.

“Aquí hay bastante anemia en los niños, porque ya no hay pescado. Si uno va a las cochas (lagunas) a pescar es dudoso comer ese pescado, ahora viene flaco. En el cuaderno de actas de la comunidad la empresa se ha comprometido a dejar limpio, han dicho que han terminado, pero el agua sigue con hidrocarburo”, dice el apu (jefe) de San Pedro, Humberto Iñapi. “Antes uno traía pez para la casa para tres o cuatro días y

sobraba para vender unos 300 soles (90 dólares). Ahora si queremos que nuestros hijos y nietos coman sano, tenemos que criar patos, gallinas, cerdos, y esa alimentación cuesta. Al pez no le crías”, agrega la autoridad del pueblo formado por más de 170 personas.

Entre ellas está Nehemías Pando y su tragedia. El hombre dijo que su hijo podrá ser traslado a Iquitos luego de siete meses de espera. “Si tuviera el dinero ya lo hubiera llevado, solo quiero que pueda estudiar, que su vida sea más tranquila”, añade el padre de seis hijos.

En San Pedro, el Ministerio de Vivienda ha instalado una planta de filtración de agua de la que hay que abastecerse en cubetas. Desde los nueve años las niñas cargan los baldes a sus casas. No hay electricidad, ni desagüe, ni alcantarillado. En la escuela de la localidad hay dibujos en las paredes pintados por los alumnos. Uno de ellos, Belinson, ilustra a un niño pescando sentado en una barca y en el extremo de la caña hay un pez más grande que la embarcación. Explica que le gusta nadar en el río Marañón, conectado a canales aún contaminados.

La Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) otorgó en diciembre de 2017 medidas cautelares para los afectados por los derrames en San Pedro y Cuninico, otra comunidad indígena, y pidió al Estado peruano suministrarles atención médica apropiada, “agua potable libre de agentes contaminantes y una alimentación adecuada en términos nutricionales y culturales”, entre otros. Además, la Corte Superior de la región de Loreto confirmó en enero de 2018 una sentencia que ordena al Ministerio de Salud diseñar y desarrollar un plan de salud pública en Cuninico y un sistema de vigilancia epidemiológica que incluya el monitoreo de los índices de salubridad del agua, entre otros factores. El Ministerio aún no ha ejecutado el fallo, afirma el abogado Juan Carlos Ruiz, quien planteó la demanda.



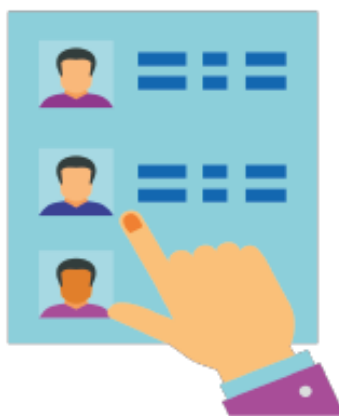
Cuninico está localizada a unas seis horas de San Pedro atravesando el río Marañón. Tiene más de 720 habitantes y sufrió en 2014 la fuga de unos 2.560 barriles de crudo. Sus vecinos dependen del agua de lluvia para cocinar y bañarse, porque los 14 grifos de agua que colocó el Ministerio de Vivienda en la calle principal del poblado el año pasado solo funcionan unos 40 minutos diarios. “Si llega a media hora es bastante”, comenta Elva Vásquez, vecina de Cuninico. Además, las

mangueras que llevan el líquido hacia las tomas tienen agujeros.

En este poblado la tragedia ha abrazado a todos sus habitantes. El día que lo visitamos un grupo de hombres constataba la situación de las aguas en un canal localizado a unos 30 minutos de la comunidad. Entre ellos estaba Marcial, que desde la proa de una embarcación sumergía una vara en el agua: con el movimiento salían unas burbujas aceitosas. Cuando hundió más la vara aparecieron trazas negras de crudo. “Lo que allí ha pasado es permanente y nos hace daño a la salud”, se lamenta Watson Trujillo, el apu de Cuninico, su poblado marcado por la maldición del petróleo.

Fuente: [El País](#)

<http://www.biodiversidadla.org/Noticias/La-maldicion-del-petroleo-envenena-a-los-indigenas-de-la-Amazonia-peruana>



LO QUE VIVÍ EN BAGUA

Por Paul Maquet

Wayka, 5 de junio, 2019.- Es increíble. Ya han pasado 10 años desde aquel histórico paro amazónico con el cual los pueblos indígenas conquistaron **no solo su derecho a la consulta, sino también el derecho a tener voz en el debate nacional.**

Hoy sin duda muchos recordarán los dramáticos hechos del 5 de junio, con su saldo de sangre y muerte. Es lo justo: la represión policial y la respuesta indígena nos dejan, aún hoy, una década después, con deudos que exigen y merecen justicia y verdad.

Esta vez, sin embargo, quiero recordar lo que yo tuve la suerte de vivir antes de los actos de represión y violencia. Con mis cortos 26 años, llegué a Bagua a mediados de mayo del 2009, enviado para cubrir el paro por el pequeño medio ciudadano en el que trabajaba, Alerta Perú. Allí me recibió la organización base de AIDSESEP (Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana) en la zona, ORPIAN (Organización Regional de Pueblos Indígenas de la Amazonía Norte del Perú), y sus dirigentes me invitaron a acompañar al Comité de Lucha en un recorrido por las comunidades en la ruta hacia Santa María de Nieva, capital de la provincia de Condorcanqui. En ese viaje se abrió un mundo nuevo para mí, y quisiera

ahora recordar lo que vi y viví, y hacer énfasis en algunas cosas que, creo, no han sido suficientemente visibilizadas.

Una de las cosas que más me admiró fue la fuerza y cohesión de un movimiento tan amplio, diverso y complejo como el movimiento indígena. Probablemente, aún hoy, pese a los problemas que no deja de tener, AIDSESEP es la organización social más representativa de sus bases, con más de mil comunidades nativas del territorio amazónico. En Bagua y Condorcanqui pude ver en acción a decenas de líderes formados, con gran capacidad política y gran vocación organizativa.

Conocí a Salomón Awanansh, presidente del Comité de Lucha, a Santiago Manuin; histórico líder del pueblo Awajún, y a líderes más jóvenes como Zebelio Kayap, que luego ha sido notorio protagonista de otros procesos de lucha. Pero, además, conocí a muchos otros líderes anónimos que desde sus comunidades o responsabilidades más específicas, como la logística o la de comunicación, constituyen la verdadera columna vertebral del movimiento.

Muchas de las líderes, además, eran mujeres con gran participación. De hecho, la lucha tenía un carácter comunitario y familiar: las mujeres, los hombres, los jóvenes e incluso los niños y niñas estaban allí; haciéndose responsables del envío de comida, combustible, leña; en fin, de todas las

necesidades concretas que surgen en acciones como esta.

Me admiró también lo avanzado de su discusión ambiental. Hace 10 años, todos ellos, líderes formados en los colegios estatales de la zona, hablaban con total claridad sobre el desafío global del cambio climático y de la responsabilidad de los pueblos indígenas de proteger los bosques. “Nosotros somos guardianes de los bosques, nuestros antepasados han sido científicos, porque ellos ya sabían que había que proteger los bosques, cuando los occidentales recién lo están descubriendo ahora”, me dijo Ernesto Ishminño, enfermero del Cenepa, con esa voz calma y sabia.

Quizás la mayor parte de la opinión pública no lo sabe, pero detrás del baguazo también estaba el rechazo a un proyecto petrolero en territorio Awajún. “Este petróleo que se quieren llevar, para nosotros es perjuicio, las consecuencias vamos a pagar los que habitamos en las cuencas”, me dijo Leandro Calvo, dirigente de ORPIAN.

Hace 10 años, todos ellos, líderes formados en los colegios estatales de la zona, hablaban con total claridad sobre el desafío global del cambio climático y de la responsabilidad de los pueblos indígenas de proteger los bosques. “Nosotros somos guardianes de los bosques, nuestros antepasados han sido científicos, porque ellos ya sabían que había que proteger los bosques, cuando los occidentales recién lo están descubriendo ahora”, me dijo Ernesto Ishminño, enfermero del Cenepa, con esa voz calma y sabia.

Hoy día aún en Lima es difícil que los ciudadanos y ciudadanas entiendan que el cambio climático es un desafío civilizatorio, que exige nuestra acción inmediata, y no es fácil poner en discusión el fin del petróleo o el fin de los plásticos; pese a que la ciencia es clara al respecto y los informes son cada año más alarmantes.

Pero hay otro aspecto que se ha mencionado poco. Recuerdo a los líderes del Comité de Lucha reiterar, en cada oportunidad, en cada visita a cada comunidad, la importancia de mantener las acciones de protesta en el marco del respeto a los derechos humanos. Líderes que, en vez de exaltar el ánimo de la población, hacían pedagogía política, teniendo mucha consciencia de su responsabilidad en el desarrollo del paro. Las acciones de fuerza siempre rozan el límite de las acciones violentas, y los líderes indígenas no perdían ocasión de insistir a los comuneros y comuneras, la mayoría de ellos jóvenes, sobre la necesidad de no solo tener la razón en el fondo de la protesta, sino además ser ejemplares en la forma de la misma.

Como sabemos, la represión inmotivada por parte del Estado desencadenó un estallido de violencia que todos los esfuerzos de estos líderes no hubieran podido evitar. Aún no hay justicia para los ciudadanos awajún y wampis muertos en ese enfrentamiento, ni para los policías muertos y desaparecidos. Ni qué decir de los jóvenes policías muertos en la Estación 6 de Petroperú, que había estado tomada por los indígenas durante varias semanas. Yo mismo vi a esos policías jugando una pichanga dentro de las instalaciones de la Estación, pocos días antes de la tragedia. **Hasta el momento, los ciudadanos indígenas han pasado por dos procesos judiciales, llenos de vacíos y contradicciones, en los que se ha pretendido criminalizar a los líderes y no se ha logrado individualizar las responsabilidades. En tanto, los responsables por parte del Estado no han afrontado aún la justicia.**

Hoy día, pues, no solo es necesario avanzar en la justicia plena por lo sucedido, sino además avanzar en la agenda pendiente que el Baguazo colocó en el centro de la discusión nacional. **La construcción de un país intercultural, donde todas las voces tengan la posibilidad de ser escuchadas y tomadas en cuenta, y no se impongan modelos de**

desarrollo que pasen por encima de las sensibilidades y valoraciones de los ciudadanos que viven en los territorios. La urgencia de asumir la crisis ambiental global como una responsabilidad que exige nuestro compromiso activo, incluyendo la defensa de los bosques y el fin de los hidrocarburos. La

urgencia, en suma, de aprender de la sabiduría indígena, que humildemente nos está señalando lo equivocados que hemos estado los occidentales acerca del bendito “desarrollo”.

Tomado de : <https://wayka.pe/lo-que-vivi-en-bagua-por-paul-maquet/>